

O
PINIÓN

HUMBERTO GARCÍA DE LA MORA

Mártires de la educación laica

La Historia, de acuerdo con Luis Villoro, es “una lucha contra el olvido, forma extrema de la muerte...”. A partir de esta cita, estimados lectores, intento rendir un modesto homenaje a los maestros rurales caídos durante la época de la Guerra Cristera (1926-29), por defender la educación laica (una de las conquistas sociales emanadas de la Constitución de 1917, que este 5 de febrero cumple 96 años de su promulgación).

La jerarquía católica, en su pugna por reescribir la Historia de México, ha estimulado el intento de idealizar a los cristeros —quienes defendieron con las armas en la mano un proyecto religioso de Nación—, omitiendo algunos abusos cometidos contra sus adversarios, lo que ha propiciado el olvido de personajes como los maestros y maestras rurales que hace unas décadas dieron la vida en el cumplimiento de su deber y en defensa de la educación laica.

Cabe destacar, en primer lugar, que el tema de las maestras y maestros asesinados por los cristeros, un hecho innegable, ha sido abordado desde un enfoque académico por diversos historiadores, entre quienes destacan: José María Muriá, Óscar García Carmona, Pablo Yankelevich, Moisés González Navarro, David L. Raby y Edgar González Ruiz.

El antecedente histórico de los crímenes contra el magisterio, tiene su origen en la censura a la educación laica, promovida con por la jerarquía católica de la época entre los fieles. En Guadalajara, por citar un ejemplo, durante la década de los años veinte (del siglo pasado), asociaciones católicas formaron la Liga de Defensa Social Religiosa, con comités en distintas poblaciones de Jalisco, “para obligar a los padres de familia a no mandar a sus hijos a las escuelas de Gobierno. Estos comités contaban con un numeroso grupo de señoritas que hacían visitas domiciliarias e iban a las puertas de las escuelas para evitar que los niños fueran matriculados, so pena de hacer extensivo un boicot económico a los padres que no acataran sus exigencias (...). El jefe de la Iglesia católica en Guadalajara —arzobispo Francisco Orozco y Jiménez—, lanzó excomuniones contra los padres de familia que mandaran a sus hijos a las escuelas ofi-

ciales; se hizo una propaganda activa en periódicos como *Gladium* por toda la ciudad y en algunas poblaciones del estado los muros ostentaban frases como las siguientes: Para México católico, escuelas católicas; Nadie a las escuelas oficiales; criminal es el padre que mande a sus hijos a las escuelas laicas” (Benito Navarro Robles, “Cristeros contra la educación socialista”, *Excelsior*, 22 de febrero de 2001, p. 10 A).

La Liga de Defensa Social Religiosa desarrolló una tan amplia y perturbadora campaña en contra de la educación laica que no faltaron los fanáticos que lanzaban injurias y amenazas públicas a los maestros. En poco tiempo, las palabras fueron superadas por los hechos: inició una persecución formal en contra de los maestros rurales, quienes seguían el plan de estudios del Gobierno Federal. En octubre de 1926, por citar un ejemplo, el maestro de la escuela rural de Minillas, en el municipio de Mezquitic, fue obligado a cerrar la escuela a su cargo por un grupo armado. El 17 de septiembre de 1928 una banda de cristeros incendió una escuela y asesinó al maestro, además de perpetrar varios destrozos en distintas viviendas (Cf. Pablo Yankelevich, “La educación socialista en Jalisco”, p. 26).

Los cristeros, además de quemar escuelas y libros, entre otras crueldades, “cortaban las orejas a los maestros, para que de esta manera fueran identificados durante el resto de su vida como enemigos de la religión” (David L. Raby, “Educación y revolución social en México (1921 a 1940)”, p. 164). Por su parte, la revista *David* “justificaba la ‘ejecución’ de maestros, a quienes los cristeros y otros grupos conservadores aplicaban los calificativos más agresivos tendientes a crear reacciones de odio contra ellos” (Cf. Edgar González Ruiz, “Los otros cristeros”, p. 122).

Me parece necesario rescatar, en honor a la justicia, la memoria de esos profesores y profesoras que murieron en el cumplimiento de su deber. La sociedad debería reconocer como héroes y heroínas a quienes sufrieron también los más crueles martirios por la noble tarea de luchar en favor de la educación laica. La mejor forma de rendir homenaje a los mártires de la educación laica, es sumarse a la defensa contemporánea de ésta. Aún es tiempo...